

¿Sueñan las ovejas con bicentenarios?

Federico Lorenz*

¿Qué nos faltó para que la utopía venciera a la realidad? ¿Qué derrotó a la utopía? ¿Por qué, con la suficiencia pedante de los conversos, muchos de los que estuvieron de nuestro lado, en los días de mayo, traicionan la utopía? ¿escribo de causas o escribo de efectos? ¿escribo de efectos y no describo las causas? ¿escribo de causas y no describo los efectos?

Escribo la historia de una carencia, no la carencia de una historia.

Andrés Rivera, *La revolución es un sueño eterno*.

El 25 de mayo de 1910 la República Argentina celebró su primer Centenario, orgullosa de sus logros: una economía agroexportadora floreciente, la afluencia de miles de inmigrantes, una vinculación comercial privilegiada con el imperio británico y relaciones fluidas con el mundo cultural europeo resultaron suficientes, para que las élites dominantes miraran con ojos esperanzados y confiados un destino manifiesto de grandeza y realización como nación hegemónica en el Cono Sur.

Aunque la Independencia Nacional fue declarada en 1816, la fecha fundacional de la Historia Argentina establecida por la historiografía liberal triunfante es el 25 de Mayo de 1810, cuando se formó la llamada Primera Junta de Gobierno Patrio. Esa visión se transmitió a generaciones de argentinos a través de la educación pública, y es un símbolo compartido por las más dispares vertientes políticas. Los miembros de la Junta de Mayo de 1810, fueron los “revolucionarios” y los “patriotas” instalados como modelos (aunque en el momento de los hechos no se llamaran de ese modo a sí mismos). Numerosos militares, notablemente José de San Martín, el “Padre de la Patria”, también ocuparon espacios centrales en esa historia nacional. La historia y la escuela pública instalaron un relato histórico en el que era posible encontrar los cimientos de la patria que, pujante, celebraba su primer Centenario.

Pero frente al segundo Centenario, en 2010, el panorama es distinto. La historia patriótica, que ya ocupa el lugar de sentido común sobre el pasado para la mayoría de los argentinos, choca con una marca profunda. El 24 de marzo de 1976, un golpe cívico militar derrocó al gobierno

constitucional. Si bien el país venía atravesado por un fenómeno de violencia política desde mediados de la década del 50, la toma del poder por parte de los militares significó un salto cualitativo inédito. En nombre de la patria, invocando la necesidad de restaurar el orden y los valores tradicionales de la nación, la dictadura desarrolló un sistema de represión ilegal caracterizado por el método de la desaparición forzada de personas. Mientras que en la superficie el orden y el respeto por los valores eran “restablecidos”, en las sombras un Estado paralelo vulneró vidas y bienes de millares de sus ciudadanos, despojados de sus elementales derechos con la finalidad del exterminio y el disciplinamiento.

En 1982, esa misma dictadura produjo la guerra con Gran Bretaña por las islas Malvinas. La derrota en el Atlántico Sur impulsó la retirada del poder por parte de los militares y permitió que el aparato terrorista estatal comenzara a ser conocido por millares de ciudadanos en toda su magnitud, al mismo tiempo que sus Fuerzas Armadas caían en el descrédito tanto por esa derrota como por las violaciones a los derechos humanos.

Los máximos responsables del terrorismo de Estado fueron juzgados en 1985, en un hecho inédito en la historia mundial: el Juicio a las Juntas. De ese modo, la democracia restaurada fijó un “piso de verdad histórica” para establecer lo que había sucedido a partir de la toma del poder en 1976.

Si en 1910 fue escrita una historia nacional que aún alimenta pasiones, hoy una de las principales dificultades culturales es la de sostener un relato semejante, porque obliga a pronunciarse sobre una cantidad de elementos cuya presencia en el presente es enorme. En primer lugar, una de las consecuencias culturales profundas de la dictadura militar ha sido la destrucción del relato histórico nacional -total, abarcador, complaciente- como el que millares de argentinos se habituaron a recibir, compartir y transmitir en las escuelas. Durante la dictadura, los militares en el poder definieron su actuación como una salvaguardia en nombre de la Patria y sus valores tradicionales, amenazados por la subversión marxista y apátrida. Es decir: había “argentinos” amantes del orden y respetuosos y que estaban dentro de una determinada historia; y otros que habían dejado de serlo, y por ende debían

Si en 1910 fue escrita una historia nacional que aún alimenta pasiones, hoy una de las principales dificultades culturales es la de sostener un relato semejante, porque obliga a pronunciarse sobre una cantidad de elementos cuya presencia en el presente es enorme.

ser exterminados. Tradicionalmente, las Fuerzas Armadas, sobre todo el Ejército, eran consideradas guardianas de los valores supuestamente esenciales de la nacionalidad argentina, y fue en su nombre que tomaron el poder en 1976. Durante su gobierno, hicieron un uso abusivo de la simbología patriótica, las fechas y los héroes nacionales.

En segundo término, se ha dado una curiosa dualidad: la disputa por la historia reciente

-que es una lucha política- se hace apelando a visiones históricas que no tienen más punto de contacto que un brutal corte, el de la dictadura. Para una de esas visiones “hablar de historia” continúa siendo hablar de las guerras de Independencia y los héroes nacionales; mientras que hablar de la historia reciente es “hacer política”, como si apelar a imágenes de grandeza pasadas, tan auto-complacientes como insuficientes, no fuera también hacerlo. Para la otra visión, interesada en reflexionar sobre

la historia reciente, se banaliza ese pasado tradicional calificándolo de grandilocuente y funcional a la reivindicación tanto de la dictadura como de un orden social injusto que buscó perpetuarse, entre otras cosas, mediante la represión ilegal.

Cada 24 de marzo recordamos el día del golpe militar, la marca del horror, el comienzo de la tragedia, pero estamos lejos, aún, de elaborar explicaciones históricas sobre los sucesos que lo precedieron y los que lo sucedieron, sencillamente porque esta sociedad es consecuencia de esa barbarie, así como la democracia vigente lo es. Desde el punto de vista de la memoria colectiva, hemos sido privados también de orientaciones para ese recuerdo: ¿recordar qué, a quiénes y, sobre todo, para qué? La gran pregunta entonces continúa siendo si entre tantos argentinos que desaparecieron, la represión no hizo desaparecer también la posibilidad de volver a pensar una historia nacional,



paradójicamente a partir de una concepción de nación fuertemente anclada en la historia.

En el campo de la historia reciente, el 24 de marzo de 1976, conmemorado y recordado cada año, es una fecha en la que confluyen interpretaciones contrapuestas. Los reivindicadores de la dictadura hablan de “guerra contra la subversión” y “salvación de la patria”, y de haber sido vencedores en la guerra sucia y derrotados por la propaganda. Sus antagonistas, de “terrorismo de estado y represión ilegal”, y de la derrota de una revolución encarnada en los desaparecidos y en la negación de muchas de sus historias. Más ampliamente, la sociedad argentina que emergió en los 80 gustó de imaginarse a sí misma como refundada sobre la base del rechazo a cualquier forma de violencia y autoritarismo, a la vigencia por los derechos humanos y el respeto por la democracia.

En paralelo, el 25 de Mayo, con sus relatos evocadores del origen de la Patria, se transmite como si nada hubie-

ra sucedido desde entonces: ni desde 1810, ni desde 1976. Coexisten como mundos históricos paralelos: en una misma escuela se puede dibujar un pañuelo blanco y pintar un Cabildo, sin pensar puentes entre ambos aniversarios, y de ese modo se refuerza una realidad de mundos históricos paralelos, en los que conviven historias en fragmentos.

¿Se cerrará esta brecha? La proximidad del Bicentenario alienta a la construcción de espacios para producir cruces entre esos mundos paralelos, en definitiva parte de un mismo recorrido histórico. El pasado vive en las disputas del presente y en las preguntas que desde este le hacemos. En el caso argentino vive, sobre todo, porque porta preguntas sobre la propia responsabilidad, sobre la violencia que una sociedad tolera, historias que expresan lo mejor y lo peor de nosotros mismos.

La oveja negra es una fábula del escritor guatemalteco Augusto Monterroso:¹

En un lejano país existió hace muchos años una oveja negra.

Fue fusilada.

Un siglo después, el rebaño arrepentido le levantó una estatua ecuestre que quedó muy bien en el parque.

Así, en lo sucesivo, cada vez que aparecían ovejas negras eran rápidamente pasadas por las armas para que las futuras generaciones de ovejas comunes y corrientes pudieran ejercitarse también en la escultura.

Hay en esta fábula una pregunta, aquella consistente en pedirnos que nos pronunciemos acerca de qué tipo de relaciones establecemos con el pasado, si vivas o cristalizadas en los rituales que suavizan aún el recuerdo de las mayores violencias. Pero hay en ella también, un desafío, la pregunta por la necesaria decisión acerca de qué elegimos recordar: ese pasado en el que nos miramos y transmitimos, tan parecido a nosotros mismos.

* Historiador. Coordina el Programa Educación y Memoria, del Ministerio de Educación de la Nación.

¹ Augusto Monterroso, *La oveja negra y demás fábulas*. Madrid, Alfaguara, 1998, p. 25.

